

La utopía americana de Germán Arciniegas

Consuelo Triviño Anzola*

América fue concebida desde su descubrimiento como el espacio feliz donde eran posibles las utopías del pensamiento occidental. Fernando Aínsa así lo señala: Desde su mismo descubrimiento, el espacio americano ha sido identificado con una suerte de continente que encierra en algún punto, la encarnación terrestre de aquel Paraíso de los orígenes de donde fuera expulsado el primer hombre. Sucesivas Crónicas, muchas Utopías han tenido por escenario “objetivo” del Paraíso un rincón identificado o no de la tierra latinoamericana¹.

Paraíso o utopía, lo cierto es que la imagen de América ha surgido del discurso de sus más notables ensayista desde Rodó hasta Lezama Lima. Herederos del humanismo renacentista de Garcilaso de la Vega, estos intelectuales han fijando los rasgos de un continente, atrapado supuestamente entre la civilización y la barbarie, paradigmas desde los cuales se ha vertebrado el discurso sobre América y los americanos. Para superar esa barbarie, muchos ensayistas han reivindicado los ideales clásicos como modelos que deben imitarse; otros, en cambio, han cuestionado estos modelos, así como la universalidad de la cultura occidental. Entre estos últimos situamos a Germán Arciniegas, que en *América, tierra firme* (1937) hace una defensa de lo salvaje y, al igual que su compatriota Baldomero Sanín Cano, cuestiona la arrogancia de la cultura europea occidental, los tópicos negativos que ha alimentado en torno a Latinoamérica.

*La profesora Triviño, que trabaja en el Instituto Cervantes (Madrid), participó en el III Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, «Isla Posible», con la ponencia «Germán Arciniegas y la utopía americana», Alicante, 26- 28 de marzo de 1998- En internet se puede consultar «Germán Arciniegas, Introducción, vida, obra, cronología, bibliografía, en el Proyecto Ensayo hispánico», en el siguiente sitio: <http://ensayo.rom.uga.edu/filosofos/colombia/index.htm>

¹ AÍNSA, Fernando, *Los buscadores de la utopía*, Caracas, Monte Avila Editores, 1977, p. 124.

Baldomero Sanín Cano y Germán Arciniegas atraviesan su siglo, pasando por encima de las modas. El primero fue un vanguardista *avant la lettre* que desmontó conceptos anquilosados (cosmopolita, provinciano, universal, etc.), evidenciando las falacias de ciertas oposiciones. En esencia defendía el panamericanismo bolivariano, que concretaba liderando movimientos, difundiendo las culturas europeas y no europeas, revisando la herencia hispánica, en una actitud dialogante que hoy todavía nos sorprende por la agudeza de sus planteamientos y por esa capacidad de mostrar siempre el revés de las cosas, en ensayos memorables como “El de América y la higiene” o “Bajo el signo de Marte”.

Germán Arciniegas, en cambio, ha querido llamar nuestra atención sobre la diversidad, la originalidad y la diferencia del espacio americano, en el que se instala bajo el asombro de los descubridores. Esta perspectiva se debe a su conocimiento de las crónicas. Así, leyendo a Juan de Castellanos y a Francisco López de Gomara, nos enseña a admirar y a querer lo que somos, a reconocer nuestra herencia hispánica e indígena. Pero su mayor aportación está sin duda en su afán de comprensión de la historia, que sin justificar la intolerancia de la mentalidad hispánica y católica, logra transmitirnos la emoción de esos aventureros ante la inmensidad de sus hallazgos, sus penurias, su ambición y codicia, su inútil coraje, como diría Borges, su desconcierto frente a un mundo que no pueden abarcar desde los parámetros occidentales. A estos hallazgos deben los europeos de entonces, ni más ni menos, la dimensión del otro, que tantos problemas plantearía a los teólogos de Salamanca, ya que para ellos no era fácil determinar si los “salvajes americanos” tenían alma o no.

Desde el Descubrimiento, la confrontación con la cultura europea occidental entraña un conflicto que todo americano debe resolver. En el planteamiento de este conflicto, que ocupa gran parte de la ensayística latinoamericana, se pone en juego, desde mi punto de vista, la madurez de un continente, la capacidad para asumir con responsabilidad su historia. José Luis Gómez Martínez en *De la naturaleza y del carácter de la literatura mexicana* (1960), proponía una solución al antagonismo entre lo europeo y lo americano, planteando que América debía ser vista como una síntesis entre las culturas indígenas y europeas, como brazos que pertenecen a un mismo cuerpo. Cuatro décadas atrás Vasconcelos había proclamado el reinado de la “raza cósmica”, resultado del mestizaje entre indígenas americanos y españoles; Rodó, en cambio, se reconocería heredero de una España latina, opuesta a la cultura anglosajona.

Germán Arciniegas comparte con matices los planteamientos de estos ensayistas, poniendo el acento en lo que Europa ha recibido de América. Igual que Sanín Cano, asume que los valores europeo occidentales no son los únicos válidos. Al igual que Asturias, e incluso que los surrealistas europeos, —Artaud, por ejemplo— plantea un acercamiento a lo americano desde la magia y la poesía. Y es que Arciniegas fue quizás sin proponérselo, el defensor más apasionado del realismo mágico, que encuentra, como el autor de *Hombres de maíz*, en las crónicas y en las leyendas que funden las culturas vencedoras y vencidas.

En “La Europa americana” (1978) Arciniegas expresa su vocación americanista: Desde hace unos cuatro o cinco años estoy estudiando la influencia de América en Europa. Es decir, estoy escribiendo un libro, un libro al revés porque hay miles de libros y ensayos sobre la influencia de Europa sobre América. En realidad, esas dos perspectivas son complementarias y obvias, ya que nosotros nos expresamos en una lengua europea, nos hemos formado con libros europeos, estamos atentos a todo lo que ocurre en Europa y hemos incorporado a nuestra vida hasta la

sangre, los hombres, las instituciones, las ideas de Europa hasta donde ha sido posible ². De esta forma, nos invita a superar nuestro secular complejo de inferioridad frente a Europa, recordándonos que la historia se resume en esos viajes de ida y vuelta donde no sólo van los seres humanos con metales preciosos y materias primas, sino donde vienen, libros, ideas y sueños, sobre todo, los sueños de tantos europeos que quisieron concretar su utopía en estas tierras que Colón confundió con el Paraíso.

Para desmontar las generalizaciones en que incurren algunos europeos, cuando explican la historia americana, Arciniegas utiliza el truco del espejo. Si Papini afirma que América todo se lo debe a Europa, que nada ha aportado a la cultura universal, él responde lo contrario con los mismos argumentos, haciendo una historia "al revés". No habla de la América europea, sino de la Europa americana. A las generalizaciones occidentales de Hegel, que nos hunde la barbarie, y nos deja fuera de la historia, enfrenta la diversidad de un continente que se resiste a ser clasificado.

La obra de Arciniegas, desde *El estudiante de la mesa redonda* (1932), cuestiona el logocentrismo occidental que distorsiona la realidad, cuando generaliza desde sus estrechos esquemas. Este logocentrismo adolece de una miopía que, a su juicio, empieza a superarse en el Siglo de las Luces: ...América, como materia de estudio en el siglo XVIII, era más interesante que en los primeros días del descubrimiento. Ya sus riquezas estaban derramadas sobre Europa, pero seguían siendo desconocidas sus tierras³. Y es que América empieza a ser descubierta desde la sensibilidad de hombres como Humboldt, que observan atentos su flora, su fauna, sus gentes, asombrados por su variedad, riqueza y belleza. Por esta razón, lo que fue Descubrimiento para los europeos, para Arciniegas fue un cubrimiento de las culturas aborígenes, cuyas huellas se preservan, según él, gracias al espíritu de los estudiantes que se filtró en la empresa colonizadora, y a hombres de la sensibilidad de Las Casas o del Inca Garcilaso de la Vega, para quien el poeta era el único capaz de alcanzar la verdad histórica.

En *América, Tierra Firme*, Arciniegas es radical en su crítica al logocentrismo occidental cuando dice: Yo quiero que todos mis amigos que me leen participen de mi propio desconcierto y se convenzan de que nosotros los americanos vivimos en un mundo arbitrario, en países exóticos y estrambóticos, en un gongorismo geográfico que elude las clasificaciones de los sabios europeos⁴. De este modo funda una escritura de la diferencia que enfrenta a los opuestos, la magia y la poesía, que desdramatiza el exterminio de los pueblos indígenas, humanizando a los nativos y a los conquistadores y privilegiando el acto fundador/creador, sobre el genocidio: Qué importa que los Colones ahorquen unos cuantos indios, ni que los compañeros de Bernal Díaz del Castillo reciban una rociada de flechas donde quiera que sientan las plantas, ni que la crónica de Cabeza de Vaca esté llena de horribles naufragios; que Colón regrese a España con el mordisco de los grillos infamantes clavado en los tobillos, ni que los Vespuces chupen como sanguijuelas en la ubre del Estado, ni que otros destrocen las indias en La Española o en La Florida: ya empieza a surgir el mapa de América⁵.

² ARCINIEGAS, Germán, "La Europa americana", en *América es otra cosa*, Bogotá, Intermedio Editores, 1992, p. 76.

³ ARCINIEGAS, Germán *El estudiante de la mesa redonda*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1932, p. 147.

⁴ ARCINIEGAS, Germán, *América, tierra firme*, p. 54.

⁵ *Op.Cit.*(5), p. 55.

El mérito de Arciniegas lo encontramos en su empeño en comprender la mentalidad de los vencedores y de los vencidos, en su capacidad de instalarse en otros sistemas y saldar cuentas con el pasado, proyectándose en el futuro. En su introducción a su antología *Historiadores de Indias* —que preparó con Alfonso Reyes—, intenta situarse en la perspectiva de los hombres del siglo XVI: Lo que para nosotros es notoriamente inexacto, era, dentro del marco del siglo XVI en América no sólo posible, sino indispensable. Lo mágico o lo místico, las oportunas intervenciones de la providencia que se precipitaban dócilmente a ayudar a los pícaros católicos guerreros cuando la llamaban por el nombre de ¡Santiago!, lo mismo que las sorprendidas apariciones del demonio, son la más auténtica verdad de aquellos días⁶. Por esta razón le resultan inútiles y hasta pueriles los esfuerzos de aquellos eruditos que se empeñan en escribir volúmenes para fijar lo que, según él, fue borroso y confuso. Su propuesta es aceptar las crónicas con todo lo que puedan ofrecer de fabuloso.

Arciniegas convence con su fino humor, con la cercanía que establece con los lectores, al unir realidades opuestas, recurriendo a metáforas sugestivas, mezcla ternura y asombro. Su objetivo, me parece, es familiarizar a sus lectores con los diferentes elementos de la historia: personajes, espacios, tiempos, situaciones, conflictos. Con ese fin se traslada al lugar de los hechos, se introduce en la piel de sus personajes, para que, cautivos de la magia de su relato, escuchemos las voces de los antepasados, de los indios, los conquistadores, los cronistas, los filósofos, los reyes, y con ellos construyamos nuestra imagen de América, no la que los europeos han escrito para nosotros.

América es otra cosa para Arciniegas, algo distinto de lo que ven los europeos. No hay más remedio que explicarla desde la magia y a la poesía, para entenderla. Y él lo hace desde una poética de las cosas elementales que alcanzan niveles épicos. Una carta puede tener una resonancia sin precedentes y cambiar el destino de la humanidad. Este recurso tan común en él, se aprecia en sus primeros libros. En América, tierra firme, elige las puertas para exponer sus opiniones sobre el orden colonial. Los indígenas no necesitaban puertas ni cerrojos. Fueron los españoles los que introdujeron el hábito de robar y a la vez crearon la necesidad de las puertas. El paso al orden colonial se resume así en “De la edad del bejuco a la edad del cerrojo”: Cuando los españoles llegaron a esta tierra, las gentes eran honradas y semicomunistas, y las que pudiéramos decir puertas, que no lo eran, se amarraban con bejucos⁷.

El Nuevo Mundo es para Arciniegas la esperanza del pensamiento occidental que proyectó en otra geografía sus sueños, su deseo de libertad ante la intolerancia política y religiosa, como señala Beatriz Fernández Herrero en su trabajo sobre las reducciones jesuíticas del Paraguay: Así, desde el punto de vista de la utopía, el hallazgo del Nuevo mundo fue, como hecho en sí, geográficamente, un descubrimiento, en el sentido de encontrar un continente y de mostrarlo personificado en los antiguos mitos (El Dorado, Jauja, etc.), y de buscar la utopía en la tierra recién hallada explotando su oro y sus riquezas; Pero como interpretación de este hecho, América fue inventada, ontológicamente inventada, ya que en ella se pretendió crear un nuevo

⁶ *Historiadores de Indias* (Antología); selección y estudio preliminar de Germán Arciniegas, México, Grolier International, Editorial Cumbre, 1979 13 ed, pp. xviii.

⁷ *Ibid.*, pp. 55-56.

mundo, proyectando allí los ideales utópicos del occidente y su naciente modernidad.⁸

Por tal razón, el Nuevo Mundo ha sido sobre todo un laboratorio en el que se han ensayado todo tipo de experimentos políticos: las reducciones jesuíticas del Paraguay, la instauración del sistema republicano, tras la independencia, el empeño por consolidar el sistema democrático; las aspiraciones de los grupos armados de orientación comunista; las pretensiones populistas de las dictaduras. Estos intentos transformadores han sido desafortunados, en cuanto pretenden importar modelos foráneos sin apropiárselos, circunstancia que no pasaron por alto los intelectuales, desde Bello hasta Arciniegas y que Leopoldo Zea resume muy bien en su lectura de Ariel: América no es Europa, la América Latina no es la América sajona, por ello fracasaron todos los intentos por ser otros diferentes a sí mismos. La barbarie está en querer ser como otro, la civilización está en ser uno mismo y construir a partir de este ser⁹. La idea ya había sido planteada por Bolívar y por Martí, que en “Nuestra América” defiende la originalidad del Continente, tanto como la libertad y la justicia. Y es que por desgracia, los que en un momento dado trataron de cambiar el destino de América, se apoyaron en un utopismo social, la mayoría de las veces abstracto, al estilo de Saint-Simon, como los radicales colombianos a mediados del XIX; o en el liberalismo burgués, como los fundadores del APRA o en el Marxismo, como Mariátegui.

Germán Arciniegas se mantuvo fiel a su ideología liberal desde los años veinte cuando participó en la reforma universitaria del su país. En su escritura no encontraremos jamás conceptos como “lucha de clases”. Él soslaya la dramática situación de las clases populares, pero en cambio, apuesta por la soberanía del pueblo, en textos entrañables como “El pueblo soberano”, que forma parte de América mágica (1961); pueblo, para él, compuesto por revendedoras analfabetas; indios que habían sido utilizados como bestias de carga, curas rebeldes y universitarios: ¿De dónde sacan los de abajo eso de Tribuno del Pueblo [se pregunta]? Ah, ellos lo sabían todo. No hay nadie que sepa tanto como un analfabeto alzado por sus ilusiones.¹⁰

Germán Arciniegas hizo parte de un grupo de intelectuales que en las primeras décadas del siglo XX revisaron la historia, remontándose a la Conquista y la Colonia. Muchos de ellos vieron en esa historia la raíz de los males: la dependencia, la hegemonía de las metrópolis sobre las regiones, la marginación del indígena y del campesino, el caciquismo, la ausencia de una voluntad política capaz de poner todos los recursos a su alcance para una mayor justicia social. En cambio, él encontró en esa historia el complemento poético, el ingrediente de la esperanza que supera la racionalidad del ser humano, la audacia de hacer de lo imposible lo posible.

Es evidente que elude con ello el planteamiento riguroso de los problemas sociales y políticos y que en esa forma su ideología es menos visible. Sin embargo, fue un intelectual comprometido que orientó su práctica más allá de la escritura: lideró movimientos estudiantiles de carácter latinoamericano, fundó partidos, asociaciones, editoriales y revistas de diferentes tendencias, colaboró con proyectos de carácter internacional y se desplazó por diferentes países de Europa y América, defendiendo, la unidad de América y denunciado las dictaduras en un libro que le costó el exilio: Entre la libertad y el miedo (1952). Entonces eran ocho los dictadores que atentaban

⁸ FERNÁNDEZ HERRERO, Beatriz, *La utopía de América. Teoría. Leyes. Experimentos*, Madrid, Anthropos, 1992, p.44

⁹ ZEA, Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 128.

¹⁰ ARCINIEGAS, Germán, *América mágica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1961, [primera edición 1958], p. 199.

contra la libertad en Latinoamérica: Batista, Somoza, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Perón, Trujillo, Stroesner, Hernández Martínez y Carías. El libro es una crónica fundamental para comprender la tragedia latinoamericana en sus intentos por instaurar la democracia. Los dictadores aparecían como los protagonistas de los más grandes atropellos y él denunciaba la carencia de las instituciones democráticas y de los más elementales derechos civiles.

En una entrevista con Cobo Borda, Arciniegas define su posición frente a los acontecimientos de aquella época: Nuestra generación, de los Nuevos, bajo el influjo de Ariel de José Enrique Rodó y en contra de la política expansionista de Teodoro Roosevelt, fue una generación que bregó y luchó mucho por la unidad latinoamericana. Por el conocimiento de lo nuestro. Eso está presente en todos mis libros y en todas mis revistas ¹¹.

Su ideología era la del APRA que emulaba el panamericanismo de Bolívar y en su programa se proponía, entre otras cosas, acciones en contra del imperialismo norteamericano, y ante la amenaza del comunismo, también contra el soviético. Mariátegui criticó los principios de esa agrupación, que desde su marxismo encontraba inservibles para resolver los problemas sociales y políticos. Y es que para cierta izquierda latinoamericana el aprismo, estatalista-populista, alimentaba el afán civilista de la burguesía y los grupos financieros extranjeros con democracias capitalistas-demagógicas¹².

Al margen de un debate ideológico que absuelva o condene a Arciniegas¹³, lo que quisiera subrayar es la vitalidad de un historiador que alcanza la lucidez del poeta; que no podía evitar polemizar con los europeos y, sobre todo, con los historiadores, recreando a su manera los testimonios de los cronistas, haciendo su propio descubrimiento de América, como en *América es otra cosa* (1992) en una serie de artículos publicados a raíz de la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento. En estos breves textos encontramos al mismo Arciniegas de los primeros libros, provocador, irreverente y dueño de un humor que se forja a base de paradojas y de una ácida ironía que no incurre jamás en las descalificaciones.

La vigencia de Arciniegas está también en la orientación de su mirada, en su forma de “decir” que es también un “hacer”, en su intención de mostrarnos otra cara de la historia. Su mérito está en descubrir para nosotros la magia de los acontecimientos históricos que posibilitaron el hecho americano, desde su concepción hasta su realización —aún en proceso para él—. Lo que quiso expresar, ante todo, fue la voluntad de ser de los americanos, la necesidad de superar los fantasmas históricos que impiden su realización plena. A mi entender, estas palabras suyas resumen mucho mejor las ideas que he querido expresar: El hombre americano en último término va a ser una creación civil de convivencia que al cabo de cinco siglos, reduzca al bárbaro de Europa y al salvaje de lo que se llamó las Indias Occidentales, a convivir¹⁴.

¹¹ Entrevista con Juan Gustavo Cobo Borda en “Germán Arciniegas: noventa años escribiendo”, en *El coloquio americano*, Bogotá, Tercer Mundo, pp. 133-140.

¹² Sobre el pensamiento de Mariátegui ver: PETRINI, Pier Paolo: 1995, *José Carlos Mariátegui e il socialismo moderno*, Pisa, Edizioni ETS, 584 pp.

¹³ Arciniegas jamás cuestionó la responsabilidad de los partidos tradicionales que cómplices de la matanza de más de 200 mil campesinos, también empujaron al pueblo al saqueo.

¹⁴ ARCINIEGAS, Germán, "Posdata con coletilla de huracán", Bogotá, *El tiempo*, 20 de enero de 1992, en, *América es otra cosa*, Bogotá, Intermedio Editores-Círculo de Lectores, 1992.